Año 1962
ABC 12 octubre
145
51

EL ESCRITOR Y LA SOCIEDAD

HA llegado hace poco Misses Karson. Es una bella mujer que ronda la cuarentena. Tiene el cutis todavía encendido por el sol mediterráneo, que tomó con usura en varias de sus playas, y una luz verde, un tanto desafiadora, que le nace del fondo de los ojos y hiende la mirada de quien le habla. Trae una curiosidad casi periodística de enterarse de las cosas y un afán un poco enfermizo y convencional de conocer hombres de letras.

—Preséntame escritores...—me ruega después de haber hecho mi ficha, por otra parte harto sumaria, y de haberse interesado cortésmente por el título y el tema de mi próxima comedia.

(Nos encontramos en un "cock-tail", uno de esos "cock-tails" de tanteo que, con el otoño, echan a andar la rueda de la vida social de Madrid.)

—Le presentaré a X...—le digo.

—No, a ése ya me lo presentó anteayer, ¿no se acuerda?

—Ah, sí—le replico—; le presentaré entonces a Z.

—Ya le conozco... Algún otro.

Miro a mi alrededor y no lo encuentro. En aquella reunión hay diplomáticos, cazadores, políticos, ingenieros, deportistas, toreros..., hay de todo.

—Mi querida amiga—le resumo—; se han acabado los escritores.

—¿Es que no hay más?

—Sí, claro, hay más; pero no en este "cock-tail"; casi, si me apura, en esta sociedad...

Entonces yo, por mí mismo, recuento los escritores que hacen vida de sociedad, a los que la sociedad reclama para incorporarlos a ella, y me asombro de lo exiguo de su número; y apenas he subrayado la mínima proporción que les cabe en ese mundo, llamado el grande, me pregunto a mí mismo, de forma simultánea, el porqué de que sea tan reducida y a cuál de ambos elementos corresponde la culpa, y heme aquí sin saber con exactitud a quién atribuírsela o sobre cuál de ellos cargarla preferentemente. Porque es un hecho indudable que la sociedad española, en general, no necesita ni se envanece de la presencia del escritor.

Bien distinta es, a esos efectos, la de Francia. Almuerzo o comida sin "maître" puede considerarse a falta de su mejor especia, de la que más sazona y enriquece los manjares. Fin de semana, estadía o vacaciones en el "château" sin "maîtres", son vacaciones perdidas. Los grandes pontífices de las letras francesas—parte al menos de ellos—son proclives a esos halagos y existe una a manera de refinada cortesanía, un sutil arte hecho de elegancia y de ingenio que los liga a sus anfitriones, y en éstos una curiosidad auténtica por el orbe literario y sus estrellas dominantes a las que se aproximan con un respeto y una devoción conmovedoras. Esa ósmosis y endósmosis, entre nosotros, no se da o se da de una forma tan esporádica que ni vale la pena de mencionarla. La razón esencial es la absoluta insolubilidad de las clases españolas, la ausencia entre ellas de vasos comunicantes, la casi inevitable disposición en línea de batalla con las que unas y otras se distribuyen sobre el mapa ibérico, dispuestas a mirarse con lejanía por lo menos, si no con agresividad.

En general, la alta sociedad española, impermeable al prestigio literario, rinde, de oídas, culto nominal a ciertos valores cuyos nombres ve cotidianamente tan airead os y repetidos que la inducen, por fetichismos, a estimarlos; pero, en la mayoría de los casos, ignora sus obras, no se ha preocupado de leerlas y no sabe, con exactitud, sin son buenas o malas. La bliblioteca, como habitación especializada para ese menester de cultura, se halla ausente de mil casas y aun palacios, rebosantes de salones y suntuosas estancias, y si algunos libros sueltos se ven al azar, pronto se da uno cuenta de que han sido elegidos por razones ornamentales y externas, no por urgencias intelectuales. Determinadas ediciones de Obras Completas han encontrado una clientela "sui generis" entre muchos adquirentes que apenas se han molestado en despojarlas del celofán que las protege. Difícil sería que, en un ambiente de esa índole, en el que tan parco homenaje se rinde al libro, fuese a rendírsele mayor a quien lo escribe. A la hora de dolerse de la parquedad de las tiradas al uso achacándola a su coste, nos equivocamos todos: si aquellos que están en condiciones de comprar libros los comprasen, su venta se triplicaría.

Me oye hablar así cierta alcurniada dama que acaba ahora de ser abuela por vez primera, pero que tiene tan fresca la sonrisa y la inteligencia como a los veinte años. Y me fulmina con sus denuestos.

—Los escritores, los escritores...—me dice, mientras mueve sus labios con desdén—. Yo he conocido a muchos, a muchísimos, unos vivos y otros muertos. Tanto hablar, tanto hablar... ¿Le interesa que le haga la lista de los que comían con el cuchillo, de los que usaban el mondadientes y de los que se presentaban en público con las solapas florecidas de caspa y barba de varios días? Ninguna mesa puede soportar tanta falta de maneras, tanta rusticidad. Eran admirables con la pluma en la mano, no lo pongo en duda, pero torpísimos en el manejo de los cubiertos. Por eso el salón no les decía nada y buscaban su tribuna en el café, que no exige etiquetas. Allí pontificaban, hostigados por el anís o el coñac barato y la admiración de sus acólitos. No olvide, además, que la sociedad congrega a gentes de ambos sexos y que nuestros escritores, aunque la adoren físicamente a la mujer, intelectualmente la desdeñan. Alguna vez nos piropean, pero pocas veces se esfuerzan en comprendernos. Le citaría a usted, sin embargo, algunas excepciones y vería cómo, apenas el escritor ha abdicado de su simplicidad y ha cumplido las reglas, se ha visto acogido con los brazos abiertos.

Soltando esta rociada ha estado deliciosa, lo reconozco. Yo que, si he renunciado a la polémica, tampoco voy a declararme vencido, no sé cómo arreglármelas. Posiblemente la aristocracia y la literatura no se entienden, andan divorciadas y a eso se debe lo difícil que se me pone complacer a Misses Karson, cuyo afán coleccionista no se satisface con tan pocas muestras. Iré a buscar escritores para darle gusto, no sé bien dónde, porque, la verdad sea dicha, no hay muchos cafés en los que se reúnan ni muchos cenáculos regulares que los congreguen, y acabaré confesándole que la sociedad española rinde al escritor un mínimum muy tasado de honores y vive ajena a su suerte e inhibida de sus tareas.

Por lo demás, no parece que al escritor le haga muy desgraciado ese desinterés. La fama le sirve de alimento espiritual y cuenta para él tanto como el físico, pero está acostumbrado a la atonía de ciertas clases y no lo busca en ellas. De ahí, cierta propensión inevitable a juzgarlas con acritud y resentimiento. Pienso, eso sí, que bien valdría la pena de aproximar el escritor al gran mundo, y de esforzarse por inyectar en éste una más viva curiosidad hacia el pequeño mundo del escritor.

Joaquín CALVO-SOTELO
De la Real Academia Española